

Fe de defunción de don José Celestino Mutis

El infrascrito Cura Rector de San Pedro de esta ciudad certifica que en el libro de defunciones que principia en el año de mil setecientos noventa y ocho, al folio ciento cuarenta y tres, se encuentra esta partida: «En Santafé a doce de septiembre de mil ochocientos ocho: se dió sepultura en la Iglesia de Santa Inés al cadaver del Dr. Dn. JOSE CELESTINO MUTIS Presbítero Director de la expedic.ⁿ Botánica de esta capital: Doi fe.—Dr. *Nicolas Mauricio de Omaña*.»—Hay rúbrica.

Expedido en Bogotá, a seis de agosto de mil novecientos veinticuatro.

MANUEL JOSÉ ROA A.
Pbro.

L. S.

EL DIA EN EL COLEGIO

LA COMIDA

En la vida de familia, como en la vida de colegio, se destinan a la comida ciertas horas del día, que suelen ser la del mediodía y las primeras de la noche. Será, pues, la comida objeto de una de una de nuestras pláticas.

He de confesaros que, en principio, he vacilado antes de decidirme a tratar de este asunto. Y, ciertamente; que no sé cuál es la causa de esta vacilación, pues reflexionando acerca del tema que vamos a tratar, no veo que haya nada que temer. Sé muy bien que la comida es una función animal por su naturalaza, y ved por qué me repugnaba rebajar hasta ella estas instruc-

ciones que no tienen más que un objeto: espiritualizaros más y más, llegando a divinizaros, si posible fuera. Pero, no olvido que en la mesa han encontrado los santos un campo de batalla en el cual han hecho ganar al espíritu maravillosas victorias sobre el cuerpo. Como tal trataré este asunto.

También habréis notado como yo, hijos míos, que si en la mesa, en los festines, se han cometido los más grandes crímenes de que guarda memoria la humanidad, en la mesa también han tenido lugar hechos tan admirables como los más adorables misterios del Nuevo y del Antiguo Testamento. En la mesa mató Absalón a Amnón su hermano, y Baltasar profanó los vasos del templo, y Herodiades pidió la cabeza de san Juan Bautista; pero también en la mesa recibe Abraham a los ángeles, y José a sus hermanos; en ella celebran la Pascua los judíos; en ella obtuvo Nehemías permiso para reedificar a Jerusalén, y Ester obtuvo del rey la salvación de su pueblo. Y, circunscribiéndome al Evangelio, por una comida se inaugura la predicación de Jesús en las bodas de Caná; por una comida termina Jesús la obra de su vida mortal, en la sagrada Cena; por una comida concluye su vida resucitada aquí abajo, compartiendo con sus discípulos los pescados asados, tomados en la orilla del lago de Tiberíades; y, en fin, sus parábolas nos representan el reino de los cielos en la figura de una comida feliz a la que convida a sus amigos para comer y beber a su mesa ¡con El, Rey magnífico y alimento eterno de los ángeles y de los santos!

¿De dónde vienen estas diferencias? De la diferencia en las disposiciones morales con que puede llegarse al acto de la comida, por sencillo y vulgar que sea: En efecto, la misma comida puede ser la comida de la *bestia*, la comida del hombre *educado* o la co-

mida del *cristiano*: todo se halla comprendido en estas tres palabras que es preciso entender bien.

I

Puede ser la *comida de la bestia*. Habéis visto a las bestias salvajes que se arrojan sobre la presa con gritos de triunfo: ¡van a comer! Habéis visto a las bestias de carga que pacen en las praderas con la cabeza baja; de la mañana a la noche no hacen otra cosa: ¡comen! Después de todo, ese es su destino; no tienen más fin último que puedan esperar en este mundo. En este espectáculo nada vemos que repugne ni al corazón ni a los ojos. Pero lo que no se puede comprender es que haya hombres que, de este destino y de este fin bestial, hagan su fin y su destino, seres inmortales, seres espirituales creados para las esperanzas eternas, pero cuyo círculo de horizonte tiene la justa dimensión del círculo de su plato! No os riáis: hay hombres de este género. No han desaparecido en absoluto aquellos groseros idólatras, de los cuales ha escrito san Pablo, que hacían su dios de su vientre.

A ese dios lo sacrifican todo con gusto: religión, honor, patria; todavía tengo en los oídos los palabras que me refirió en las últimas vacaciones uno de los más venerables sacerdotes de vuestra comarca. Un comerciante rico y serio contestaba a otro tan acaudalado como él:—«Y bien, Francisco, si llegaran a gobernar los anarquistas con sus desdichadas leyes, ¿qué podría sucedernos? ¿Impedirían que nos sentásemos a la mesa todos los días?» Tales son esos hombres, si es que se les puede llamar hombres. Horacio que los conocía muy bien, les daba otro nombre al hablar del *Epicuri de grege porcus*. Y se refería a sí mismo, cuando hablaba así Horacio, el primer sensual de su siglo y de la corte de Augusto. Porque no creáis que

tal denominación conviene sólo a esas clases inferiores embrutecidas, que venderían su derecho de primogenitura por un plato de lentejas, sino que es también propia de esas otras clases elevadas, embrutecidas también, que no sueñan sino con comidas delicadas y espléndidos festines, y que no se entretienen en otras cosas, si no son peores todavía; para ellos nada de lo que satisface su baja delicadeza es demasiado bueno ni demasiado caro, si no es las dos cosas a la vez; conocen todos los secretos de ese arte distinguido del cual hacen su poesía, su única poesía; conocen la geografía y la historia, y saben—no sé si me atreva a decirlo—el mapa de Francia por los restaurants y comedores, como lo sabéis vosotros por sus comarcas y provincias. Semejantes costumbres dan la medida de semejantes hombres. Se les llama hombres de buena mesa, hombres de buen plato. En la clasificación de las diversas razas, no encuentro variedad inferior a ésta. El juicio menos severo que de ellos puede formarse es el de un moralista que los coloca al nivel que les corresponde: «Los espíritus elevados—dice—no son sensuales, y los espíritus sensuales no son elevados.»

Deducid de aquí, hijos míos, que el lujo en la mesa, tan cultivado en nuestros días, es el último de los lujos. El pueblo que a él se abandona es el último de los pueblos. En este signo se reconocen el principio de su decadencia y la proximidad de su caída. Cuando presidía Baltasar el festín del palacio de Babilonia, la mano de Dios escribió su sentencia en la pared de la sala. Cuando saboreaba Lúculo las lampreas de sus viveros de la Villa Vaticana, comenzaba la decadencia de Roma, que se aceleró cuando Domiciano obligó al Senado a deliberar sobre la salsa de un rodaballo: olía a cadáver el imperio, y no estaban lejos los bárbaros. Cuando se regocijaba o se adormecía el Egipto al ruido

de los festines nocturnos de Antonio y de Cleopatra, se escribía el epitafio de Egipto. Aecio iba a vengar a Roma y a la humanidad. Los pueblos entregados a los placeres son pueblos agotados, mejor dicho, no son pueblos, sino rebaños que engordan. A una señal de lo alto se llega a ellos y se les derrumba sin resistencia; ha perecido ya en ellos el alma en cuanto el alma puede perecer: resta sólo matar el cuerpo.

II

Pero basta ya de hablar de este asunto. Por encima, muy por encima de la comida de la bestia, está la comida del *hombre culto*, y entiendo por tal al hombre razonable y educado que alimenta el cuerpo, acordándose que tiene alma, y que come para vivir, y no vive para comer. En la comida de la bestia presiden el materialismo y la sensualidad: en la del hombre culto el espiritualismo y la decencia, el recato y la distinción. «¿No es más el alma que el alimento?» ha dicho Nuestro Señor Jesucristo. El sér razonable de que os hablo trata de mantenerla, aun en la mesa, en el alto rango de reina. Para él, como para todo hombre que se respeta, es acto humillante comer todos los días y aun muchas veces al día, y alimentarse con la carne de animales que él mismo ha muerto. En el siglo pasado un sofista declamador, Juan Jacobo Rousseau, obró prudentemente haciendo uso de su retórica para describir el horror que debió inspirar al principio esa alimentación sangrienta que colocaba al nivel de los animales carniceros al sér superior, cuya inteligencia se alimenta de la verdad, y cuya conciencia debe alimentarse de la virtud.

Por esto habréis notado que a medida que progresa el hombre en civilización—y me refiero a la civilización espiritualista que representa la preponderancia del espíritu sobre la carne—pone toda su dignidad, todo su po-

der, si es dado hablar así, en el empeño de disimular, rodeando de elegancias o dando aspecto de otra cosa más noble a lo que tiene el acto de la comida de repugnante, de grosero y hasta de abyecto. Por eso los hombres han hecho de la comida objeto de reunión de la familia, de la sociedad, de la amistad, instituyendo así una fiesta más del alma que del cuerpo, una fiesta que coloca el placer de comer y beber en grado inferior al de reunirse, verse y conversar. Por eso con ocasión de la comida tienen lugar las conversaciones amistosas, familiares y aun elevadas algunas veces, sobre asuntos que interesan a la vida, a la patria y a la humanidad, enmascarando así por medio de la grandeza o de la gracia de la conversación, lo que a esa ínfima función de la animalidad falta esencialmente de gracia y de grandeza.

Acordáos de la Grecia y de los antiguos banquetes en que circulaba la copa entre lecciones de arte y de filosofía. Y no hablo de Egipto, país en que se hacía pasear la momia al rededor de la mesa en que tenía lugar el festín, expresando con esta aparición de la muerte en el seno de una fiesta de alegría, lo que tantas veces repitió Horacio: «Gocemos hoy, porque mañana moriremos.» Esto es cinismo, hijos míos, pero cinismo fúnebre. Nuestra civilización es más espiritualista que aquella. Y las flores que cubren nuestras mesas, y los manteles de blancura incomparable, y la riqueza y el arte de la vajilla y de los muebles, constituyen, si no me equivoco, una protesta y una profusión de belleza que galantemente tiende sobre la fealdad del espectáculo su velo de magnificencia, de gracia y de gusto.

De la magnificencia no es necesario que hablemos: nos basta la decencia. Pero el gusto y la gracia os son indispensables en todas las mesas a que seáis admitidos, aunque se trate simplemente de la mesa cotidiana del colegio y de la familia, porque en ninguna parte

estorban la sal y la cultura. No esperéis de mí que os dé a este respecto reglas mundanas, de buena sociedad que son ciertamente necesarias. ¡Es tan fácil caer en la grosería o en la rusticidad, cuando no se conocen estas reglas, o cuando se descuida su cumplimiento! Pero os diré que al menos en la mesa se conoce al hombre bien educado, esto es, al hombre cuya inteligencia y cuyo corazón buscan en la mesa otra cosa que la mesa misma.

No pretendo, hijos míos, decir que ese hombre distinguido y superior se alimenta sólo de ambrosías, como las divinidades del paganismo; afirmo sí, que se presta, no se entrega a la mesa: no lleva allá aidez, ni refinamiento, ni diligencia esmerada. En la manera como toca las cosas se comprende que no siente por ellas afición desmedida; se sirve de lo que se le presenta, pero con moderación: es mucho más grande que todo eso. No desplegará sobre el valor de los manjares una erudición que considerará muy comprometedor para su dignidad de hombre: sus pensamientos no están allí. Pero el encanto de la conversación le atrae: es su mejor festín, el festín de su alma. Y ese interés intelectual no tarda en sobreponerse al otro, hasta absorberlo completamente. Y al terminar la comida, el hombre superior de quien hablo sabrá mejor lo que se ha hablado de bueno que lo que se ha comido de suculento y de exquisito. De lo que ha tomado en la mesa no hablará nunca; de lo que ha escuchado, se acordará siempre. En suma, se ha alimentado el alma tanto o más que el cuerpo; y la impresión que, sin saberlo, ha producido en los comensales ese hombre distinguido, es la de una noble criatura obligada como todos a vivir del pan cotidiano, pero necesitada de belleza, de verdad y de dignidad más que de ningún otro alimento.

De esta manera entiendo, hijos míos, la comida del hombre culto, como antes se decía, o del hombre ho-

norable, como se dice hoy, o del hombre razonable, como decimos filosóficamente. Pero esto no basta, es necesario, algo más; por eso voy a hablar largamente de lo que debe ser la comida del cristiano.

III

Hay en esto una transformación más que humana. Se opera esa transformación, porque convida a su mesa el cristiano a tres hermanas, a tres hermanas muy recomendables: a la religión, a la penitencia y a la caridad. Decían los antiguos al hablar de sus invitados a la mesa, que jamás debían ser menos numerosos que las gracias, ni más numerosos que las musas.

Y las gracias son tres como las virtudes cristianas que acabo de nombraros. ¿No queréis, hijos míos, convidarlas a vuestra mesa, haciendo que se sienten a vuestro lado?

Cada una de vuestras comidas debe comenzar y terminar por un acto de religión. ¿Sois fieles en decir el *Benedicite* antes de comenzarlas, y el *Agimus tibi gratias* al terminar? No es espiritualismo lo que os pido, es cristianismo simplemente. No se trata de comer humanamente, sino de comer santamente; y así, ved cómo hay elevación por todo, no sólo de la carne al espíritu, sino, también del espíritu a Dios. Los alimentos que vais a tomar no son simplemente frutos que la tierra os prodiga, sino que son otros tantos dones del cielo; así pues, volviéndoos a la mano celestial que os los envía, decidle: «Benedicid, Señor, vuestros propios dones, los dones de vuestra liberalidad: *Benedic, Domine, nos et haec tua dona quae de tua largitate sumus sumpturi.*» El hombre que va a comer es, de este modo, un hijo que se sienta a la mesa de su padre, y ese padre generoso y magnífico es Dios. Y puesto que todo nos viene de Dios, todo debe volver a su origen; todo debe

volver a Dios, nuestro bienhechor soberano y nuestro único fin; tal es la recomendación expresa de san Pablo: «Ya comáis, ya bebáis, hacedlo todo para gloria de Dios.» Finalmente, la acción de gracias corona el acto así comenzado y santificado; y de este modo la comida no es el ejercicio común de una función más que profana: es una especie de oblación sagrada, con el cristiano por sacerdote y la mesa por altar.

No ignoráis, hijos míos, que las oraciones que se hacen antes y después de la comida son tan antiguas como la misma religión. Sin remontarnos al Antiguo Testamento, ved a Nuestro Señor que, antes de su última cena, alza los ojos al cielo, da gracias a su Padre celestial, y bendice el pan y el vino que va a consagrar. Lo mismo había hecho antes de la multiplicación de los panes en el desierto. Después de la cena, Jesús recita el himno sagrado, el himno de acción de gracias, según la usanza de los judíos: *hymno dicto*, dice san Juan. Tal es nuestro modelo, tal es el acto solemne de la institución evangélica divina. Así dice san Pablo en su Epístola a los Corintios. Después, la historia de la Iglesia jamás las pierde de vista, contándonos en cada página de la vida de los santos los prodigios operados por el signo de la cruz en los alimentos y en las bebidas que iban a tomar. No vayáis, pues, a tratar de vulgar y sin importancia una práctica que tiene en su favor la sanción del tiempo, de los milagros, y hasta el ejemplo de Dios. Por el contrario ¡qué práctica tan admirable la que se vale de los elementos de la naturaleza material para formar los elementos sobrenaturales de una ofrenda santa y de nuestra propia santificación! Es el triunfo de la gracia.

Vosotros, pues, hijos míos, vosotros que sois los «hombres del espíritu,» desmostrad que comprendéis la grandeza de un acto semejante, siéndole fieles en todo

y por todo. Cuando se ve a un joven cristiano que, en cualquier parte donde se encuentra, en una mesa extraña como en su propia mesa, ante numerosos convidados lo mismo que solo o casi solo, en las posadas, en los viajes, ante los incrédulos, en todas partes, comienza y termina la comida por el signo de la cruz hecho con tranquilidad, sin turbación, se puede decir con certeza: ¡Es un valiente! Más de una vez se ha visto que una profesión de cristianismo tan franca, ha valido al que tuvo alientos suficientes para hacerla un testimonio de estima y de admiración por parte de aquellos de quienes menos se esperaba. Pero en todo caso ¿no os bastan el testimonio de vuestra conciencia y la mirada de Dios? Eso es lo principal: lo demás es nada o casi nada. Además, debéis santificar vuestra comida por medio de la penitencia. ¿Se os pedirá demasiado, hijos míos, si se os conjura a que seáis hasta el fin discípulos de Aquel que tuvo hambre en el desierto donde ayunó, de Aquel que tuvo sed en la cruz donde murió, y que en su fiebre mortal no recibió más que una mezcla amarga para aplacar su sed ardiente? Y no voy a hablaros de las mortificaciones extraordinarias que asombran en la vida de esos hombres de Dios, para quienes ir a la mesa era ir al suplicio. Si pudiérais ver, por ejemplo, de qué se compone la comida de un trapense, comprenderíais, hijos míos, a qué sacrificios puede conducir el amor a Jesucristo; veríais a qué altura puede elevarse el espíritu sobre los restos de una carne reducida a la esclavitud.

Pero sin rehusarnos lo que es necesario para sustentar una vida, aun en su crecimiento, ¿no sabríais por el amor de vuestro Dios crucificado prescindir en vuestras comidas de algo, bien en la cantidad, bien en la calidad, bien en la duración? Quiero que seáis hermosos y robustos; pero acordáos de lo que sucedía a los jóvenes hebreos de la corte de Nabucodonosor, que por

la religión se abstendrían de comer las viandas de la mesa del rey, y, sin embargo, eran los más fuertes y los más bellos jóvenes de Babilonia. Sucederá lo mismo en favor del espíritu, que se hallará tanto más dispuesto para la oración y para el estudio, cuanto menos lo hayáis entorpecido con esa carga grosera. Mas no quiero considerar en esto sino el sacrificio de un corazón que quiere que sea glorificado por él, y esté de él contento el Corazón de su Dios.

Jóvenes amigos de Jesús, si sabéis privaros secretamente de alguna de las cosas que os más agradan, haciendo de este modo homenaje al que se sacrificó por vosotros; si sobre esa abundante mesa designáis y preferís la ofrenda que ha de agradarle más, porque será el premio de una victoria secreta; si todos los días le pagáis ese diezmo de penitencia elegido por el amor en provecho del amor mismo ¡qué cristianos tan verdaderos seréis, hijos míos! ¡y qué hombres también los que desde su infancia habrán hecho de este modo el aprendizaje de la vida mortificada, austera, superior a las tiranías de la naturaleza! ¡Qué hombres para la patria, qué cristianos para la Iglesia, y qué santos para el cielo!

Y, puesto que he censurado la duración de las comidas, de la cual es necesario restar algo, me permitiréis que os diga que debéis reivindicar en esto la reputación de vuestra comarca flamenca, tan honrada por otra parte y con tanta justicia. Con razón o sin ella, se pretende que vuestros compatriotas no se cansan jamás de estar sentados a la mesa, y que, en ella, en esa ocupación o en esas conversaciones a las que se entregan tan a gusto, se suceden las horas, y no se tiene cuenta con el tiempo. Es indudable que os han calumniado, que han visto en esas largas, en esas interminables sesiones, otra cosa que la prolongación del

placer de estar en buena sociedad, después de tantos trabajos para los cuales es sabido que no se excusa vuestro país de Flandes. Pero así y todo, procurad, cuando podáis hacerlo, que no haya pretexto alguno para esta calumnia, practicando una sobriedad y una medida de tiempo que, en los diversos medios en que habéis de vivir, constituirán un ejemplo que ha de ser imitado. Si esta reforma, ya comenzada, ha de hacerse o acabarse entre vosotros, muy grato me sería que partiera de aquí, de este colegio, como de la escuela del buen gusto y de la buena educación, y también como de la escuela del cristianismo serio, donde cada día repercuten las palabras del Apóstol: *¡Sobrie et pie et juste vivamus in hoc saeculo!*

Finalmente, santificad la mesa con la caridad. Y al hablar de la caridad, no me refiero al cuidado que debéis poner en ser serviciales con los o las que se sientan a vuestro lado: sé que lo seréis. No olvidéis, hijos míos, que las primitivas comidas que hacían en común los cristianos recibían el nombre de *ágapes*: es decir, la cita de la amistad fraternal. Asimismo debéis evitar toda discusión acalorada que pueda turbar la cordialidad amistosa. Convidar a comer ha sido siempre para los hombres signo de amistad, y a sobrehumana altura elevó el Divino Maestro ese símbolo, ese rito de la alianza de los corazones. Antiguamente todos los comensales bebían en la misma copa; todos la llevaban a sus labios en testimonio de unión y concordia. Hoy se alzan las copas simplemente, o se tocan ligeramente unas con otras. Es un brindis mudo. Se hace uso con frecuencia del brindis hablado, cuyo empleo se exagera demasiado, tal vez, en algunas mesas. Sólo dos palabras os diré a este respecto. El brindis hablado debe ser raro, corto y apropiado a las circunstancias, para

que no degeneren en discurso fastidioso o en vulgaridad. Fuera de esto, hijos míos, el silencio es oro.

¿De qué manera ejerceréis la caridad cristiana que debe santificar vuestra mesa? Separando la parte de los pobres. Acordaos de lo que dijo el Señor a sus Apóstoles después de haber saciado el apetito de cuatro mil hombres con el pan multiplicado en el desierto: *Colligite fragmenta, ne pereant*. Esos restos que Dios aconseja que recojáis, esas sobras de vuestra mesa bastarán para el sustento, y quizá hagan las delicias de muchos que tienen hambre. Aquí mismo, en el colegio, podéis tomar ejemplo de esto al ver que todos los días se detiene a la puerta, para cargar esos residuos preciosos, el carro de las Hermanitas de los pobres. Es lo menos que podemos hacer, ya que lo hacen los cristianos menos fervorosos.

Los verdaderos cristianos hacen más. No ofrecen residuos a Jesucristo en la persona del pobre, sino la mejor parte, la parte que Dios quería se le otorgase en los sacrificios de la Ley antigua. Nuestros padres la llamaban «la parte de Dios.» Y ¿cómo negar este diezmo al que en estos mismos instantes colma nuestra mesa con los frutos de su munificencia? No quiero proponeros, hijos míos, el ejemplo de aquellos grandes santos que los viernes o los días festivos, por ejemplo, se honraban convidando a su mesa a un mendigo a quien servían con sus propias manos.

Demasiado grande, demasiado hermoso sería. Pero se me ha dicho que entre vosotros, en vuestro país de Flandes, existe todavía la costumbre de convidar algún pobre a la mesa de familia en las grandes circunstancias, como en la solemnidad de la primera comunión, en los funerales, en las bodas y demás fiestas principales. ¡Qué bien comprendían el cristianismo vuestros padres! Pueden servir de testigo las páginas de la vida de un

santo sacerdote, que era de vuestro país, de vuestras familias, y que todos hemos conocido: «Su abuela,—abuela también de algunos de vosotros,—la señora Perret,—daba siempre parte de su comida a alguno de los pobres del barrio, a quien enviaba una ración tomada de la fuente común. Durante muchos años, gozó de este privilegio una niña hidrópica, y no era raro ver que en las reuniones de familia desaparecían de la mesa las alas de una gallina, por ejemplo, que se llevaban a un enfermo indigente, antes de servirse ninguno de los convidados. Cuando estaba sola, hacía sentar a su mesa de tiempo en tiempo a algún pobre (1).

Sólo la religión es capaz de santificar la mesa con esta fraternidad que no es sino la caridad. Con ingeniosa sal lo ha escrito así en una de sus obras un ilustre y admirable escritor católico, Mr. León Gautier: ¿Conocéis—dice—algo más cultamente delicioso que una comida de amigos cristianos, una comida entre dos signos de la cruz, una comida sencilla y frugal? Sólo allí se ríe de verdad, mientras que en otras partes se finge la risa. En otras partes se charla; en la comida de los cristianos se habla con franqueza, y la conversación se eleva sin esfuerzos desde los asuntos más sencillos a las más graves cuestiones. Se habla de la Iglesia, de sus enemigos, de sus defensores. Se conversa de los pobres y de los medios de socorrerlos. Se tocan el arte y la literatura, y, si se toma café, se llega hasta la filosofía. El café aclara las ideas, ¡y la filosofía necesita tanto de claridad!

«Comparad esa comida con la de los antiguos. Reunid en Roma, en el mismo triclinio, a Tito-Livio, a Virgilio, a Horacio, a Ovidio, a Propercio, al siglo entero de Augusto. La conversación de todos aquellos

(1) *Vida de Mr. el Abate Bernard*, Vicario General de Cambridge, por el marqués Anatolio de Segur.

grandes hombres no llegará, ni con mucho, a la de los cristianos más sencillos. Con seguridad que todos aquellos romanos no hablarán ni del verdadero Dios a quien no conocen, ni de los pobres a los que no aman.

«Nuestras comidas realizan en el sentido humano y natural la verdadera comunión de las almas. En ellas, en la mesa, nuestras inteligencias, nuestras palabras se compenetran, hasta se identifican. Las razas cristianas son las únicas que han conocido verdaderamente ese algo delicioso que poco a poco se va perdiendo, la conversación.

«¡Ah! Si volviera al mundo Platón, y pudiera sentarse a la mesa, en una de nuestras comidas cristianas, seguramente no comería. ¿Qué haría? Escuchar y tomar notas.»

En el curso de mi instrucción he pronunciado la palabra *ágapes*. Con toda exactitud hace su descripción Tertuliano, y en su cuadro encierra cuanto acabo de deciros sobre las comidas cristianas. «El nombre de estas comidas—dice—demuestra lo que son: se las llama *ágapes*, palabra griega que significa afecto (1). Los gastos que en ellas hacemos redundan en beneficio de la caridad, pues aliviarnos la miseria de los indigentes, considerando lo mucho que Dios ama a los humildes y a los pequeños.

«Estas comidas forman parte de nuestra religión, de *religionis officio*, y por lo tanto, el comportamiento que en ellas se observa es tan santo como el mismo culto. No se empieza a comer sin haber bendecido la mesa. No se come más que lo necesario, ni se bebe más que lo que conviene a la honestidad, tratándose

(1) *Coena nostra de nomine ratione sui ostendit: vocatur enim Αγαπη id quod dilectio penes Graecos est.* (Tertul., *Apol.*, n.º XXXIX).

como se trata de personas que han adorado a Dios durante la noche, y que no se olvidan de El un solo instante. Se conversa con los hombres, aprestándose a conversar de nuevo con Dios. Y terminada la comida, lavadas las manos y encendidas las luces, cada uno de los concurrentes dedica al Señor un recuerdo de alabanza sacado, bien de las divinas Escrituras, bien del espíritu propio.

«La oración pone fin al acto, del cual se retiran los comensales, no como haría una tropa de gladiadores o una banda de histriones, sino con la misma modestia y la misma castidad que se observaban al principio, habiéndose alimentado menos de carne que de sabiduría: *ut qui non tan coenam coenaverint quam disciplinam.*»

¡Qué mesa, hijos míos! Uno de los más ilustres escritores de Francia, escribió algo referente a ella, en uno de sus más famosos poemas: «Había en Roma una costumbre antigua, dice Chateaubriand. La víspera de la ejecución de los criminales condenados a muerte, se les daba, a la puerta de la prisión, una comida pública que se llamaba comida libre. En aquella comida se les prodigaban todas las delicadezas de un festín suntuoso. Era servida en una mesa amplísima, colocada en el vestíbulo de la prisión. El pueblo curioso y cruel se agrupaba al rededor y los soldados mantenían el orden.

«Los mártires salían de sus calabozos para ocupar el sitio que les correspondía en el banquete fúnebre. Iban encadenados, pero de tal modo que podían servirse de las manos. Y los que no podían andar a causa de sus padecimientos, eran llevados por sus hermanos.

«Se colocaban los prisioneros en sus asientos frente al populacho. Uno de ellos, el ilustre Cirilo, obispo de Jerusalén, invitó a sus hermanos los cristianos a distribuir entre el pueblo aquella comida fastuosa, reem-

plazándola con un simple ágape. La muchedumbre sorprendida permanecía en silencio, escuchando ávidamente las palabras de los confesores.

«Esta comida, decía Cirilo, es llamada justamente comida libre, porque nos libra en efecto de las cadenas del mundo y de los males de la humanidad. Roguemos, hermanos míos, por ese pueblo que mañana batirá palmas presenciando nuestra muerte. ¡Roguemos por él y por nuestro emperador Galerio!

«Y los mártires rezaban. Y no volvían de su asombro los paganos acostumbrados a ver a los criminales que se alegraban locamente en la orgía fúnebre, o se lamentaban de la próxima pérdida de su vida. ¿Qué es, decía, esta asamblea de Catones que, la víspera de su sacrificio, hablan de la muerte con tanta tranquilidad?... Los cristianos ruegan por nosotros, nos dan su comida, tienen el cuerpo lleno de heridas, y nada dicen contra nosotros ni contra sus jueces. ¿Será su Dios el Dios verdadero?

«De tal manera discurría la muchedumbre. Y entre tantos desdichados idólatras algunos lloraban exclamando: ¡qué grande es el Dios de los cristianos!... Y más tarde se hacían instruir en la fe de Jesucristo.»

MONSEÑOR BAUNARD

LA JURATENA

Fue una historia de esas que no se olvidan nunca, de esas que se graban en el alma y allí permanecen como la herida que se hizo en una fruta todavía tierna; por eso yo la recordaba siempre al pasar por aquel sitio y ver a rí o perder en ese punto su salvaje ímpetu y en dulce remanso, que retrataba el paisaje, besar dulcemente el pie de aquella roca; y casi sin saberlo mur-